

tiana de los niños; reclamó una protección mas franca para la religion, y la supresion de las trabas con que la habian oprimido. Visitó muchas parroquias de la capital, y su presencia atraia siempre una multitud considerable. No se cansaban de ver y admirar á este Pontífice venerable, en quien la dignidad se hermanaba tan bien con la dulzura, y que aumentaba el respeto debido á su caracter por el que inspiraba su piedad. No contento con mostrarse en diferentes iglesias, permitió tambien que un número bastante grande de fieles se encontrase á la entrada de su cuarto cuando salia ó volvía á entrar, y se vió á esta multitud embarazar su paso, sin que se manifestase incomodado de un empeño algunas veces excesivo. Accesible á todos, deseaba satisfacer á cada uno, y aun reiterar sus bendiciones. Las derramaba principalmente sobre los niños, é imitando á aquel de quien es vicario, parecia tener placer en dejarse acercar de esta edad llena de inocencia y de encantos. Bendecia rosarios y otros objetos piadosos. En fin nada omitia de lo que podia reanimar la piedad de los fieles; y en efecto se sabe cuan util ha sido á la religion su viaje bajo este respecto. La presencia, las virtudes y la caridad de la cabeza suprema de la Iglesia reanimaban el fervor de estos, disminuian las prevenciones de aquellos, y escitaban la admiracion de todos. Los enemigos mismos de la fe no podian dejar de conmovérse á vista de tantas calidades atractivas reunidas en tan alta dignidad, y estaban

en estado de hacer el justo aprecio de los ultrajes lanzados por tantos escritores contra la corte de Roma y contra sus pontífices, viendo á este pontífice augusto reproducir entre nosotros las virtudes de sus predecesores, y forzar sus sufragios por una conducta llena de religion y de piedad, como de moderacion y prudencia.

1805.

—El 1º de febrero, el Papa tiene un consistorio en París. Su Santidad pasó para este efecto al palacio arzobispal, que habia sido escogido por ofrecer un lugar mas cómodo. Allí, habiéndose sentado en su trono, los siete cardenales antiguos que se encontraban en París vinieron á prestarle la obediencia: estos eran los cardenales Antonelli, Braschi, Caprara, de Pietro, Caselli, de Bayane y Fesch, dos de entre ellos fueron á buscar á la capilla á los cardenales de Belloy y Cambaceres, que aun no habian recibido el Capelo. Llegados al trono del Papa le besaron los pies y la mano, y en seguida fueron abrazados por su Santidad, y por sus colegas. Tomaron su lugar segun su orden de promocion, se sentaron y pusieron su birreta en señal de posesion. De allí volvieron al trono del soberano pontífice, quien les puso el Capelo en la cabeza, diciendo la oracion de uso, y levantándose

en seguida pasó á una sala vecina para dejar sus hábitos pontificales. Allí el cardenal de Belloy le dirigió en su nombre y en el del cardenal Cambaceres un discurso latino, al que el santo padre respondió en la misma lengua. Se cantó el *Te Deum* en la capilla. Acabada esta ceremonia pasaron todos los cardenales á una sala en donde estaba el Papa, el cual tuvo en ella un consistorio secreto. Allí erigió la Iglesia de Ratisbona en metrópoli para la Alemania, y nombró para esta silla á Carlos Teodoro de Dalberg, elector archicanciller del imperio germánico, y antiguo arzobispo de Maguncia, el cual administraba ya la diócesis de Ratisbona desde el año de 1803, en virtud de una comision de la santa Sede. El Papa ponía á la nueva metrópoli en el lugar de las de Maguncia, Tréveris, Colonia y Salzburgo, y le daba por sufragáneos los obispos que lo eran antes de estos cuatro arzobispados. Esta operacion no debia ser sino el preludio de otros arreglos relativos á la Iglesia de Alemania¹. El Papa nombró tambien en el consisto-

¹ En cuanto á las otras disposiciones relativas á las Iglesias de Alemania, estas debian hacer la materia de un concordato particular. Las grandes mudanzas sobrevenidas en esta comarca, la estincion de muchas de sus mas antiguas sillas episcopales, la invasion de los bienes de la Iglesia, la ocupacion de los principados eclesiásticos por príncipes casi todos protestantes, necesitaban un reglamento general que fijase el estado incierto y precario de estas Iglesias agitadas tambien por tantas borrascas. El soberano pontífice habia dado mas de una vez pasos para terminar este importante negocio. Habia solicitado la mediacion del primer Consul de Francia, quien habia hecho proposiciones sobre este asunto á la dieta de Ratisbona. Por la misma

rio para algunos obispados de Francia: al empezarle, hizo la ceremonia de cerrar la boca á dos cardenales que asistian á él por la primera vez, y de abrísela al acabarlo. M. Kolborn, antiguo dean de Maguncia, y consejero del elector, fué introducido é hizo de rodillas la peticion del *Palio*. Un arzobispo de Francia hizo tambien la misma súplica. Su Santidad dió el anillo y un título á los dos cardenales, puso los roquetes á dos eclesiásticos que acababa de hacer obispos de Poitiers, y de la Rochela, admitió á besarle los pies á otros obispos, y se retiró. Despues de su partida se dijo una misa, al fin de la cual los arzobispos de Burdeos y de Tours, recibieron el *Palio* de manos del cardenal Braschi. Al dia siguiente, 2 de febrero, el soberano pontífice consagró los nuevos obispos de Poitiers y de La Rochela, los señores de Pradt y

causa M. Dalberg, elector archicanciller del imperio germánico, pasó á París durante la residencia de su Santidad en esta capital. Se cree que formó, de acuerdo con los negociadores nombrados por el Papa, un concordato para la Iglesia de Alemania; pero sus disposiciones no se han publicado, ni se ha comunicado el referido concordato á la dieta de Ratisbona. Mas de un obstáculo se oponia, segun parece, á la conclusion de este negocio. La irreligion dominante en muchos Estados retardaba una medida que debia volver la paz á la Iglesia. Muchos príncipes alemanes se cuidaban poco de proveer al gobierno espiritual y á la tranquilidad de sus vasallos católicos, y aun algunos ponian dificultades y trabas al feliz éxito de esta negociacion. Es permitido dudar que ellos se hallen bien con esta indiferencia ú oposicion. El ejemplo de la Francia hubiera debido hacerles ver lo que se gana en volver la calma á la Iglesia, tranquilizar las conciencias, fortificar la union con la santa Sede, y hacer cesar un estado de turbaciones y congojas peligroso para la religion, y por consiguiente para el Imperio.

Paillou. Esta ceremonia se hizo en la Iglesia de san Sulpicio, y habia atraido un concurso numeroso de espectadores. Todos los obispos de Francia que se encontraban aun en París estaban allí presentes. El santo padre era asistido en esta ocasion de cuatro prelados de su corte. Los dos con-consagrantes eran los señores Fenaja y Bertazzoli, arzobispos, uno de Filipos, el otro de Edesa. Los otros dos asistentes eran los señores Devoti, arzobispo de Cartago, y Menochio, obispo de Porfiro. Sus aspectos venerables, su noble sencillez, y su profundo recogimiento les mostraban dignos de acompañar á la cabeza de la Iglesia; y los testigos de esta ceremonia, siempre tan augusta y tan interesante por sí misma, no podian ver, sin un nuevo interés y sin una alegría religiosa, al sucesor del príncipe de los apóstoles imponer él mismo las manos á los nuevos prelados, que despues de haber sacado inmediatamente de su fuente las gracias y la autoridad del episcopado, iban á conducir por las sendas de la fe los pueblos confiados á sus cuidados, y á cuyos ojos esta circunstancia no podia dejar de hacerlos mas respetables. El 3 de febrero, su Santidad dió en su capilla el *Palio* al nuevo arzobispo de Ratisbona. Continuó visitando las Iglesias de la capital, hospitales y diferentes establecimientos. El 22 de marzo, tuvo un segundo consistorio para nombrar para las Iglesias vacantes. En fin, despues de haber procurado hacer su viage lo mas util á la religion que le fué posible, permitiéndole la esta-

cion pensar en su retorno, el soberano pontífice partió de París el 4 de abril á la una de la tarde. En el momento de subir al coche dió tambien su bendicion desde una de las ventanas de su habitacion á la multitud reunida en la plaza del palacio, y atraida por la noticia de su partida, y por el deseo de ver por la última vez al padre comun de los fieles. Habia tratado hasta el fin de procurar á la religion algunas de aquellas ventajas importantes que se le habia hecho esperar; mas no tuvo el consuelo de recoger el premio del sacrificio que habia hecho. Se le ofreció presentes para su familia que rehusó. A su ejemplo no aceptaron los cardenales una pension que Bonaparte queria darles, y hubiera sido para ellos una cadena que los hubiese mantenido en su dependencia. Bonaparte no acordó á las instancias del santo Padre sino lo menos posible. Asignó algunos fondos mas para el clero, y consintió al restablecimiento de las misiones estrangeras, de los clérigos de san Lázaro y de las hermanas de la Caridad. Eso fué poco mas ó menos el resultado de las grandes esperanzas que habia hecho concebir al Papa, esperanzas que no se cuidó ya de realizar luego que se hubo obtenido lo que se deseaba. Aun parece, que antes que se concluyera el viage del santo Padre, el que lo habia atraido de tan lejos empezaba á cansarse de su presencia. Notenia con el pontífice sino unas que otras entrevistas muy cortas, y lo dejó en París para hacerse coronar en Italia; y este paso era

mas que suficiente para alarmar á la corte de Roma sobre los proyectos ambiciosos de un hombre insaciable de poder.

— El 16 de mayo, Pio VII vuelve á entrar en Roma. El día mismo que el santo Padre habia partido de París llegó á Fontainebleau, en donde pasó el día siguiente, y admitió á muchos centenares de personas á besarle los pies. El 6 de abril, estaba en Troyes, en donde se le hicieron los mismos honores que al emperador. Hizo su entrada al repique de campanas, al estruendo del cañon, por medio de las tropas y de una multitud de pueblo, y fué inmediatamente á la Iglesia. El arzobispo-obispo de Troyes acompañaba por todas partes á su Santidad, que dijo la misa al día siguiente, hizo la bendicion de las palmas, y recibió con su bondad acostumbrada los homenajes de los habitantes. Partió el 8, y pasó los últimos días de la semana santa en Chalons-sur-Saone. El cardenal Antonelli, ofició el viernes santo en calidad de penitenciario mayor; y el Papa fué á la adoracion de la cruz seguido de los cardenales, del arzobispo-obispo de Autun, y de los prelados y señores de la corte de su Santidad. Por la tarde visitó los hospitales. El día de pascua dijo la misa en la antigua catedral, y no pudo, como ni tampoco el jueves santo, celebrar pontificalmente, por falta de ornamentos propios para esta ceremonia. El cardenal Antonelli dijo la misa mayor, despues de la cual el soberano pontífice pasó en procesion á la Iglesia

de san Pedro. Allí, habiendo subido á un tablado levantado delante del portal de esta santa Iglesia, dió, segun las formas usadas en Roma, su bendicion papal al pueblo congregado. Llegó el martes de Pascua á Leon, y tuvo allí el mismo recibimiento que la primera vez. El miércoles y jueves dijo la misa en la metrópoli, y dió la comunión á muchos fieles. Volvió á abrir con mucha solemnidad la Iglesia de Fourvieres, célebre en estos países por la devocion de los pueblos. Estaba el 24 en Turin, en donde volvió á encontrar al emperador, con quien tuvo tambien una entrevista. Pasó dos días en esta ciudad, recibió los respetos de los obispos del Piamonte, dió su bendicion á los habitantes, y partió el 27. Entró el 30 en Placencia, escoltado de un piquete de caballería, y acompañado de M. Moreau-Saint-Mery, administrador de este país, que debia seguirle hasta Toscana. En Parma y Modena recibió los testimonios de la veneracion pública. En los confines de la Etruria encontró al senador Salvetti, y la guardia noble, quienes le acompañaron al palacio de Cafaggiolo, en donde la reina recibió á su Santidad, y en seguida se le adelantó para llegar á Florencia. El santo padre hizo allí su entrada en medio de aclamaciones universales: toda la ciudad estaba iluminada. Se apeó en la Iglesia de santa María, visitó durante muchos días las Iglesias y monasterios, y recibió de la reina la acogida mas lisongera. Allí tuvo el consuelo de consumir la conversion del antiguo

obispo de Pistoia, de aquel Ricci que habia tanto tiempo atizado en Toscana el fuego de la discordia, y que parecia arrepentirse en fin de sus esfuerzos cismáticos⁴. Habiendo partido de Florencia el 10

Oigamos sobre este punto interesante á su Santidad en su alocucion pronunciada en consistorio secreto el 26 de junio para dar cuenta á los cardenales de su viage: « El Señor, dice, en su misericordia omnipotente, nos habia preparado en esta ciudad (Florencia) el mas dulce de los consuelos. En nuestro primer pasage habiamos presentido que nuestro venerable hermano Scipion Ricci, antiguo obispo de Pistoia y Prato, pensaba seriamente en reconciliarse con nos y con la santa Iglesia romana, cosa que deseábamos mucho tiempo hacia de concierto con todos los hombres de bien. A nuestro regreso á la misma ciudad llenó su designio con un proceder glorioso, y enteramente digno de ser imitado. Nos hizo saber con una confianza toda filial, que estaba pronto á suscribir con toda la sinceridad de su corazon á la fórmula que gustásemos proponerle. Él no ha faltado á su palabra, porque la fórmula que se le ha enviado por nuestro venerable hermano el arzobispo de Filipos, ha sido admitida y firmada por él. Por esta declaracion que él ha deseado se publicase en reparacion del escándalo, ha manifestado que recibia pura, sencillamente, y de todo su corazon, y que reverenciaba las constituciones de la santa Sede apostólica, por las cuales están condenados los errores de Bayo, Jansenio, Quesnel y sus sectarios; y determinadamente la bula dogmática *Auctorem fidei*, por la cual están condenadas ochenta y cinco proposiciones sacadas del sínodo de Pistoia, que él mismo habia congregado y hecho publicar. Ademas ha declarado que reprobaba y condenaba todas estas proposiciones, y cada una de ellas, con las calificaciones y sentidos que se espresan en la mencionada bula. En fin ha declarado que queria vivir y morir en la fe de la santa Iglesia católica, apostólica y romana, y en una entera sumision y verdadera obediencia á nos y á nuestros sucesores, sentados en la silla de Pedro, en calidad de vicarios de Jesucristo. Despues de esta declaracion solemne le hemos llamado ante nos; y habiéndole oido confirmar de nuevo la fórmula que habia suscrito, protestarnos muchas veces la sinceridad de sus sentimientos, y su íntima sumision á las decisiones dogmáticas de Pio VI de santa memoria, y asegurarnos de su adhesion á la fe ortodoxa, y á la silla apostólica, aun en medio de sus errores, nos le hemos abrazado paternalmente; y despues de haberle dado todos los

de mayo tomó lentamente su camino por Arezzo, Perugia, Espoleto, Narni y Civita-Castellana, y llegó el 16 á medio dia á la Storca, á donde el embajador de España y un gran número de señores romanos habian venido á recibirle. Saliendo de este lugar encontró el camino cubierto de los personajes mas distinguidos de Roma hasta Pontemole, en donde le esperaban los oficiales de su corte. Allí dejó sus vestidos de camino, y continuó adelantándose por medio de un pueblo inmenso. Cuando entró en la Iglesia de san Pedro, el cardenal de Yorck, decano, le recibió al frente de todo el sacro colegio y del cabildo. El santo Padre pasó al altar mayor, en donde estaba espuesto el Santísimo Sacramento. Despues que hizo oracion algun tiempo se entonó el *Te Deum*. La archiduquesa Mariana y el príncipe electoral de Baviera asistian á esta ceremonia. Concluido el *Te Deum* pasó el Papa á una sala contigua, y recibió allí á la archiduquesa y al príncipe. Al salir de la Iglesia fué al palacio de Monte-Caballo en medio de las aclamaciones de los habitantes, embelesados de volver á ver á su soberano y su pastor. Las ventanas estaban adornadas de tapicerías. Por la noche se iluminaron los palacios de los cardenales, de los embajadores y de la nobleza,

elogios que merecia su proceder, le hemos reconciliado con nos y con la Iglesia católica con todo el afecto de nuestra caridad. Al felicitarnos de nuestro feliz regreso á Roma en cartas que despues hemos recibido de él, ha declarado persistir en su retractacion hecha en Florencia, lo que de nuevo ha penetrado de alegría nuestro corazon.»

así como la basílica de san Pedro. En el castillo de Santo-Angelo hubo el fuego de artificio llamado *la Girandola*. Al otro dia su Santidad recibió la visita del rey de Cerdeña, y del cardenal de Yorck, y dió audiencia á los cardenales, ministros y príncipes. Se cantó el *Te Deum* en todas las Iglesias de la ciudad, y el pueblo manifestó con fiestas y regocijos su alegría por el retorno feliz de un pontífice hecho para merecer su amor. El 26 de junio, en una alocucion pronunciada en consistorio secreto, dió cuenta de su viaje el santo Padre á los cardenales, y habló mucho sobre el respeto y adhesion que le habian manifestado el clero y los fieles de Francia. En efecto este viage pareció estrechar los lazos entre los católicos y el gefe de la Iglesia, que no habia venido en Francia sino para defender su causa y obtenerles mas grandes ventajas, dándoles ademas, durante su mansion, ejemplos de dulzura, prudencia y piedad. Fué tan noble y comedida la conducta de los cardenales como la del Papa, y honraron la Iglesia romana por su desinterés, caracter, y virtudes.

1806.

— Los 30 de marzo y 6 de junio, decretos de Bonaparte para invadir nuevos Estados. En el

trascuro de este año tomó la ambicion de este hombre el mas violento arranque, y dió á conocer á toda la Europa lo que debia esperarse de él. El Papa que acababa de hacerle tan grande servicio fué el primero contra quien se declaró. En el mes de octubre de 1805, seis meses despues que el Papa habia salido de Francia, se apoderaron las tropas francesas de Ancona, y ocuparon su puerto y su fortaleza. Pio VII mandó que se pidiesen los motivos de semejante procedimiento al embajador de Francia en Roma; y no habiendo obtenido contestacion satisfactoria escribió, de su propio puño, con fecha 13 de noviembre, á Napoleon, quejándose amargamente de la violacion de su territorio. Insinuábale á la par que no debia de esperarse semejante acto, despues de lo que habia practicado; y que la presencia de un ministro francés en Roma, despues de semejante acto de hostilidad, ya parecia no tener ningun objeto. Ocupado á la sazón Bonaparte en la guerra contra el Austria, no contestó por de pronto; mas dada la batalla de Austerlitz y hecha la paz de Presburgo á 26 de diciembre, se puso mas altanero, y escribió al Papa con fecha 7 de enero de 1806. Quejábase de que el Pontífice se dejase llevar por malos consejeros, designaba abiertamente al cardenal Consalvi, indicaba la llamada de su embajador, y pretendia que habia ocupado Ancona como protector de la santa Sede, á fin de impedir que esta ciudad *no se viese mancillada por los Griegos y Musulmanes*. El